

El perfil nacional: política, economía y sociedad

Alfredo Pérez Alfaro

PROYECTO NACIONAL: CONCEPTO, CONTENIDO Y REALIZACIÓN

Argentina vive en 1995 el renacer de un debate crucial para determinar su modo de ingreso al siglo XXI. ¿Qué país somos, de dónde venimos, hacia dónde vamos, qué país deseamos ser?

Las preguntas son acuciantes, pues la realidad circundante, tanto interna como externa, impone situaciones y condicionamientos impensados para los argentinos hace sólo unos años.

Somos conscientes de que vivimos en un mundo globalizado e interdependiente, regido por una *economía digital*, manejada por tecnologías operacionales en tiempo real. Enormes burbujas financieras afectan decisivamente la suerte de los destinos nacionales, como si operaran dentro mismo de nuestras fronteras.

Como un signo de los tiempos, se nos presenta la figura del *"yuppie" en el teclado*, que desde Wall Street, Tokio o Londres desplaza dinero de un punto a otro del planeta con simples digitaciones sobre una computadora.

Ya lo advertía hace un tiempo Peter Drucker: "los flujos de dinero se divorciaron de los flujos de la producción y el comercio... y nada permite pensar en una reconciliación".

Alfredo Pérez Alfaro es Doctor en Ciencias Económicas y se desempeña actualmente como profesor en la Facultad de Tecnología de la Universidad de Belgrano y como profesor permanente del Consejo Profesional de Ciencias Económicas de la Capital Federal, en el programa de educación continuada.

La gran pregunta que parece incursionar en medios políticos, sociales y empresariales es cómo ingresar coherentemente a esta realidad de la globalización sin declinar valores e intereses nacionales fundamentales.

Se ha hecho evidente que para aprovechar las oportunidades y conjurar las amenazas inherentes al actual estado de cosas, es necesario contar con principios rectores, corporizados en un proyecto nacional consensuado y convocante, a tono con las nuevas realidades.

Cuando al General De Gaulle se le preguntaba acerca del proyecto nacional que él ambicionaba para su país, solía contestar: *es una cierta idea de Francia*.

¿Existe una cierta idea de Argentina? ¿Se hallan debidamente contorneados dentro de nuestra sociedad los rasgos sustanciales de una idea de país?

Cuando Ortega y Gasset aborda el concepto de Nación, sostiene que "la Nación, antes que poseer un pasado común, tuvo que crear una comunidad de objetivos e intereses, y antes que crearla, tuvo que soñarla, que quererla, que proyectarla". Y concluye Ortega: "basta con que una Nación posea un proyecto de sí misma, para que esa Nación exista".

El *proyecto nacional* es la expresión de una imagen de la nación deseada, compatible con las posibilidades presentes y las predecibles, cuya realización se impone la sociedad a sí misma, por un acto razonado de voluntad.

Es la proposición de un destino para la Nación, que encarna una empresa común que hay que realizar, la que a su vez se asume colectivamente.

El proyecto nacional está integrado por valores y objetivos ordenados y coherentes entre sí, ciertas cualidades que se exaltan, el tipo de sociedad que se desea construir, la ubicación que se aspira a lograr en el mundo, una serie de definiciones éticas, sociales, políticas y económicas, que tienen que ver con las relaciones entre la sociedad y las personas, y las relaciones de las personas entre sí.

Alguien lo definió “como un faro en el mar que los navegantes necesitan siempre, pero mucho más en los momentos de peligro, agitación y desorientación”.

Es interesante analizar las restricciones de Carlos Floria, quien renuente ante el concepto, otorga sin embargo el sí a un conjunto de ideas compartidas capaz de permitir la convivencia y la coexistencia en la comunidad de proyectos particulares, en competencia civilizada y racional, a partir de la aceptación por todos de ciertos valores fundamentales.

Pero Floria advierte que, si no se considera al modelo como incluyente de un pluralismo inteligente, si se lo toma como una cristalización definitiva y definitiva de un proyecto deseable pero no discutible, una vez consagrado, quienquiera lo consagre, su presunta inmutabilidad podría evocar un esquema totalitario o totalizante.

La *lógica interior del proyecto nacional* reconoce tres planos yuxtapuestos de reflexión: un primer plano, referido a la filosofía de vida y la concepción del hombre; un segundo plano, derivado del primero, integrado por las grandes estrategias y las metas cualitativas de la sociedad, y finalmente, y por consecuencia de los otros dos, un tercer plano, donde recién cobran sentido las políticas de mediano y largo plazo y las políticas y objetivos de corto plazo.

Conforme se desprende de las ideas centrales que presiden las Jornadas Nacionales 1995 del (Centro de Investigación de Ética Social), tres grandes perfiles pueden caracterizar los rasgos sustanciales de una idea de país: (a) el concepto predominante de desarrollo vigente en la sociedad; (b) el posicionamiento geopolítico; (c) el estilo cultural, educativo y tecnológico.

Como lo advierte Marcelo Lascano, el proyecto nacional, la mayor parte de las veces, no está escrito; en algunos países *está flotando*, forma parte de adentrados rasgos culturales y constituye un consenso no formalizado, pero de fortaleza inmovible.

EL CONCEPTO PREDOMINANTE DEL DESARROLLO

Un proyecto o modelo de país se integra primordialmente con el concepto de desarrollo predominante en la sociedad. Un objetivo invariablemente declarado por partidos políticos y dirigentes sociales es crecer, desarrollarse. Pero ¿qué es lo que la sociedad entiende por desarrollo? Detrás de la respuesta a este interrogante se encolumnan estrategias, políticas y actitudes nacionales.

Parece advertirse en las sociedades occidentales la vigencia de un concepto material y “economicista” del desarrollo, en detrimento de la consideración de valores humanos fundamentales.

Las variables exclusivas tenidas en cuenta para medir el éxito de los países parecen ser el producto nacional bruto per cápita y la magnitud de la riqueza nacional. Es la continuación modernizada de las antiguas concepciones del progreso orientadas hacia la opulencia.

Enfoques

Los enfoques del desarrollo han evolucionado durante las últimas décadas, caracterizándose por la presencia de énfasis bastante diferenciados. Es posible identificar, entre otros, los siguientes:

El enfoque cuantitativo

Un importante núcleo de economistas apoya las vertientes puramente cuantitativas del desarrollo. Para Lewis, “el desarrollo económico es simplemente el crecimiento de la producción por habitante”. Paul Samuelson advertía que “una nación subdesarrollada es simplemente aquella cuya renta real por cabeza es baja en relación con la renta por cabeza en naciones como Canadá, EEUU, Gran Bretaña o Francia”. Para Saul Baran, “desarrollo es el incremento de la producción de bienes materiales per cápita de una comunidad en el transcurso del tiempo”.

Para este enfoque, todo parece reducirse a compararse con los arquetipos del primer mundo, vigilando la marcha del *Gran Indicador*, el producto bruto nacional per cápita.

El enfoque descriptivo

En 1954 Alfred Sauvy incorporó a la terminología del desarrollo el concepto del “tercer mundo”. Según esta visión, el “tercer mundo” subdesarrollado se ve aprisionado por la controversia este-oeste. Es así que en contra de la *postura Samuelson*, los enfoques

tercermundistas caracterizan al subdesarrollo a través de sus propios indicadores, sin demasiadas explicaciones endógenas. Los países subdesarrollados se hallan atrapados por “el círculo vicioso de la pobreza: un país es pobre porque es pobre”. Para Siger, “un país atrasado es como una jirafa: difícil de describir pero inmediatamente reconocible cuando se la ve”. Neuman se dedica a exponer los rasgos de un país subdesarrollado: (a) escasez de capital; (b) exportaciones insuficientes para atender necesidades de crecimiento; (c) dependencia de capital extranjero para la inversión productiva; (d) desequilibrio crónico de la balanza de pagos.

El enfoque estructural

En torno de él aparecen las teorías de la dependencia, expuestas, entre otros, por Celso Furtado, André Gunder Frank y Samir Amin. Según ellas, el subdesarrollo es el efecto de una economía de *pacto colonial* basada en el intercambio desigual entre el centro y la periferia, con efectos de dominación ejercidos a través de los capitales y las empresas multinacionales, que generan la dependencia de las economías periféricas. Los enfoques estructuralistas plantean también el tema del dualismo. Para Raymond Barré, “la economía subdesarrollada se presenta como una estructura primaria y dual; su funcionamiento se caracteriza por la inestabilidad y la dependencia; difícilmente puede romper el círculo vicioso de la pobreza”.

El enfoque determinista

Esta teoría considera al desarrollo como un proceso histórico, ineluctable, con etapas muy concretas de evolución. Para Carlos Marx, la historia del desarrollo de los pueblos es la historia de la lucha de clases, cuyas etapas reconocidas son: (a) el feudalismo, fatalmente derrotado por las clases medias; (b) el capitalismo, finalmente derrotado por las clases obreras; (c) el socialismo; y (d) la concreción final del comunismo. Desde el espectro capitalista, Walt Rostow plantea, simétricamente, las etapas inevitables del desarrollo: (a) la sociedad tradicional; (b) la gestación de las condiciones previas para el impulso inicial; (c) el impulso inicial, despegue, o “take off”; (d) la marcha hacia la madurez; y (e) la era del alto consumo en masa.

Conforme con este enfoque, a los países les aguarda una secuencia histórica aceptada del desarrollo; entonces sólo habrá que conocer en qué etapa transcurre el presente de cada nación, para predecir el despliegue futuro de su sociedad.

El enfoque sociológico

Para Gino Germani, “el desarrollo de un país forma parte de un proceso más amplio: la idea del cambio. Cambio no sólo en las variables económicas: cambio en las instituciones, en la mentalidad de los individuos, en los hábitos y costumbres, en las metas y en los deseos. Cambio en todos los órdenes: sociológico, psicológico, económico, y hasta filosófico”.

El enfoque voluntarista

Francois Perroux sostiene que “el desarrollo es la combinación de los cambios mentales y sociales de una población que la hacen apta para hacer crecer acumulativamente y duraderamente su producto real global”. Por su parte, las Naciones Unidas han definido al desarrollo como “aquel proceso en cuya virtud los esfuerzos de la población se suman a los de su gobierno, para mejorar las condiciones económicas, sociales y culturales de las comunidades, integrar a éstas en la vida del país y permitirles contribuir plenamente al progreso nacional”. Este enfoque plantea un ingrediente fundamental: el *rol* de la voluntad y la determinación nacional.

El enfoque ético

Ya Vittorino Marrama sostenía que “toda definición de desarrollo debe combinar el factor renta per cápita con una ponderación cualitativa de la distribución del ingreso”.

Y son las encíclicas de la Iglesia Católica las que se introducen decididamente en la imprescindible necesidad de los condimentos éticos del desarrollo. Para *Populorum Progressio* “el desarrollo debe ser integral, concebido en el hombre y para el hombre, encuadrado en una moral de comportamiento humano, no sólo a nivel de individuos, sino también a través de los pueblos”.

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), ha planteado, en esta línea de pensamiento, la necesidad de fijar un nuevo paradigma del desarrollo, donde el ser humano sea colocado en el centro del crecimiento económico; éste debiera ser concebido como un medio y no como un fin. La protección de las oportunidades de la vida de las nuevas generaciones y de las actuales y el respeto a los sistemas naturales representarían ingredientes ineludibles.

Para el PNUD debe distinguirse entre crecimiento económico y desarrollo humano. Como ya lo destacaba Aristóteles, “la riqueza no es el bien que buscamos,

porque simplemente se trata de algo útil, un medio para obtener algo más". Para este nuevo paradigma, "lo decisivo no es el proceso de maximización de la riqueza, sino las opciones efectivas de los individuos y las sociedades".

El Índice de Desarrollo Humano (IDH)

El PNUD publica anualmente un índice combinado de desarrollo, conocido como el IDH, o Índice de Desarrollo Humano, un medidor no dinerario de *la distancia socioeconómica recorrida* por los países.

Los componentes ponderados por el IDH son los siguientes:

1) La longevidad de la población, o esperanza de vida al nacer, considerada en el tramo que va de los 25 a los 85 años.

2) El nivel de conocimientos de la nación, medido a través de la alfabetización de adultos y el promedio de años de escolaridad.

3) El nivel de vida, medido por el poder adquisitivo de la población.

Se obtiene así un valor del IDH, que oscila entre cero y uno. Se tipifica un IDH alto, situado por encima de 0,900; un IDH medio, entre 0,500 y 0,900; y un IDH "bajo", inferior a 0,500.

Según datos relevados en 1992, publicados por el PNUD en 1994, la Tabla 1 presenta el *ranking* de países, acompañado de la posición de cada uno respecto del "Gran Indicador" cuantitativo: el producto bruto nacional per cápita.

Merecen destacarse los siguientes aspectos:

Mientras en 1993 aparecían 62 países con bajo IDH, en 1994 sólo 55.

Canadá encabeza las posiciones del IDH en 1992 y 1994.

Japón figuró primero en 1990, 1991 y 1993, ahora tercero.

Los países en desarrollo no muestran cambios en la cima (Barbados) ni el subdesarrollo extremo (Guinea).

Muchos países de América Latina han avanzado más allá del umbral básico y pasan a categoría mediana.

Tabla 1

Ranking de países, ordenados según su IDH

	IDH	P.IDH	P.PBNPC	BRECHA		IDH	P.IDH	P.PBNPC	BRECHA
Países industrializados:					Hongkong	0,875	24	22	-2
Canadá	0,932	1	11	10	Corea del Sur	0,859	32	36	4
Suiza	0,931	2	1	-1	Uruguay	0,859	33	53	20
Japón	0,929	3	3	0	Argentina	0,853	37	43	6
Suecia	0,928	4	4	0	Chile	0,848	38	66	28
Noruega	0,928	5	5	0	México	0,804	52	51	-1
Australia	0,926	7	18	11	Brasil	0,756	63	52	-11
EEUU	0,925	8	9	1	Países atrasados				
España	0,888	23	23	0	Mozambique	0,252	159	173	14
Ex Checoslovaquia	0,872	27	56	29	Afganistán	0,208	171	169	-2
Ex Unión Soviética:					Burkina Faso	0,203	172	153	-19
Lituania	0,868	28	63	35	Guinea	0,191	173	129	-44
Estonia	0,867	29	43	14					
Letonia	0,865	30	47	17					
Países en vías de desarrollo									
Barbados	0,894	20	34	14					

Tabla 2

Lista de los diez países de mejor IDH durante dos períodos (1960-1992 y 1980-1992)

Mejor desempeño en	1960 - 1992	1980 - 1992
Malasia	xx	
Botswana	xx	xx
Corea del Sur	xx	xx
Túnez	xx	xx
Tailandia	xx	xx
Siria	xx	
Turquía	xx	xx
China	xx	xx
Portugal	xx	
Irán	xx	xx
Egipto		xx
Indonesia		xx
Marruecos		xx

Africa y Asia Meridional siguen mal.

Entre los países desarrollados, Canadá, Australia y Checoslovaquia muestran brechas positivas entre su posición en IDH y su posición en el PBNPC. Ello implica que, adelantados en los indicadores humanos, presentan perspectivas potenciales muy favorables para avanzar en términos cuantitativos y puramente económicos.

La ex Unión Soviética sólo puede mostrar las mejores *performances* en tres de sus ex repúblicas, hoy países independientes: Lituania, Estonia y Letonia.

Entre los países en desarrollo, es dable observar que los países del Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) están estratégicamente colocados en “*pole position*”, con IDH similares a los países más rezagados del grupo de desarrollados (España y Checoslovaquia).

De los tres latinoamericanos, Uruguay, y especialmente Chile, presentan brechas positivas importantes entre IDH y PBNPC, indicando entonces mayores potencialidades cuantitativas futuras que Argentina.

Por último, los IDH de los cuatro países que cierran la tabla, son poco menos que aterradores: Mozambique, Afganistán, Brukina Faso y Guinea, con 0,252, 0,208, 0,203 y 0,191 respectivamente. La brecha entre el desarrollo y el subdesarrollo extremo resulta de un dramatismo evidente.

Cabe una última e interesante reflexión: observando la lista de los diez países de mejor desempeño en desarrollo humano durante dos períodos de tiempo —uno más extenso y otro más breve—, resulta lo que se puede apreciar en la Tabla 2.

Como puede apreciarse, algunos países vienen mostrando un persistente progreso en desarrollo humano, verificado tanto durante el período de los últimos 32 años como durante el período de los últimos 12 años: Botswana, Corea del Sur, Túnez, Tailandia, Turquía, China e Irán.

Argentina no aparece en ninguno de los dos lapsos. Esto puede tener la siguiente lectura: la decadencia nacional es prolongada, no obstante, Argentina figura, como antes se mencionó, en posición expectante dentro de los países en vías de desarrollo: esto sólo es atribuible a los logros de un pasado relativamente lejano, todavía no *esterilizados* por décadas de fracasos políticos y económicos sin precedentes.

EL POSICIONAMIENTO GEOPOLÍTICO

La Geopolítica: el rol del espacio en el desarrollo

La avasallante influencia del fenómeno de la globalización, impone, a la hora de caracterizar un perfil nacional, la consideración del factor geopolítico.

Para Kjellén, uno de sus fundadores, “la geopolítica está definida por la influencia de los factores geográficos, en la más amplia acepción de la palabra, sobre el desarrollo político en la vida de los pueblos y los estados”.

El destino de los países está decisivamente marcado por la influencia que ejerce el espacio; el espacio traza la línea de evolución de un pueblo en muchos aspectos esenciales.

Más tarde, Karl Haushofer se ocupó de integrar la geopolítica a una visión aun más amplia, según la cual la geografía interactúa estrechamente con los transportes, las comunicaciones, la densidad de población, y la influencia de las etnias y las clases sociales. Los grandes proyectos nacionales verificables están profundamente marcados por consideraciones geopolíticas. Es en relación con el campo de influencia de la geopolítica que se desarrollan las estrategias nacionales y cobran sentido las grandes líneas de expresión del interés nacional.

La visión geopolítica de los países cobra un valor preponderante en los momentos decisivos de su

historia. En el decir de Arnold Toynbee, “los momentos supremos en la vida de los pueblos son tiempos de desafío y respuesta. Desafío, concebido como un llamado del destino. Respuesta, concebida como la facultad de responder”. Esa respuesta, en el mundo globalizado, debiera referirse a una profunda preocupación geopolítica.

Y aparece precisamente América Latina como una región de grandes contrastes en esta materia. Argentina se encuentra flanqueada por vecinos que, cada uno a su manera, han plasmado nítidos proyectos nacionales.

El caso de Brasil

Nuestro ingreso al Mercosur implica arduas negociaciones con el Brasil, potencia industrial de América Latina, principalísimo exportador mundial de armamentos. Su herencia portuguesa se nutre de permanentes actitudes de expansionismo territorial. Henry Kissinger ha manifestado que Itamaraty es una de las mejores diplomacias del mundo. Mientras negocia con Argentina una *división latinoamericana del trabajo*, provee a China de satélites y productos misilísticos. Exhibe una política informática frecuentemente enfrentada a las preferencias de los Estados Unidos. El Brasil ya está probando su misil de corto alcance aire-aire MAA-1, con miras a su producción en serie para mayo de 1996.

¿Quién podría dudar que Brasil expone un proyecto nacional persistente y claramente defensor de sus intereses nacionales?

Muchos creen adivinar sus intenciones respecto del Mercosur como propensas a reservar para el Brasil el protagonismo industrial, y para Argentina el *rol* de exportador de carne y granos. Una especie de versión siglo XXI de las particulares relaciones argentino-británicas anteriores a la Segunda Guerra Mundial.

El caso de Chile

En cuanto a Chile, se trata de otro país que se ha caracterizado por exponer con severidad y rigidez un proyecto nacional asentado en el anexamiento territorial, apuntado por acciones militares y permanentes disputas fronterizas, muchas veces resueltas en favor de sus intereses. Chile privatiza sólo aquellas áreas gubernamentales que producen pérdidas; acepta el ingreso de aquellos capitales dispuestos a aplicarse a fines productivos; es renuente a ingresar al Mercosur; es el primer invitado al NAFTA de América del Sur; conquista crecientes mercados mundiales de productos primarios

y alimentarios con valor industrial agregado; no descuida su equipamiento bélico; mantiene, desde antes de la Guerra de Malvinas, excelentes relaciones con Gran Bretaña; con apoyo británico Chile ha ingresado a la fase final del desarrollo del misil nacional de corto alcance “Rayo”, dando ocasión al Gral. Pinochet para burlarse de la arcaica prohibición estadounidense de venderle armas a su país.

Chile ha radicado capitales en Argentina destinados a áreas estratégicas de su economía, como la producción y distribución eléctrica de la Capital Federal y el conurbano; una pléyade de ejecutivos chilenos, arribados a las empresas adquiridas, ha desplazado al “management” nacional de numerosas empresas de primerísimo nivel.

Lascano cita una reflexión de Zbigniew Brzezinski, asesor del presidente Carter y autor del *best seller* “La era tecnocrática”, en la cual comparaba a Argentina con su país natal, Polonia: “mientras Polonia soporta el destino geopolítico de hallarse situada entre Prusia y Rusia, Argentina aparece flanqueada por Chile y Brasil”.

Argentina, por su parte, muestra a lo largo de su historia demoras, contradicciones y desorientación; faltan definiciones nacionales actualizadas, exhibimos fuertes impresiones históricas y conceptuales en materia de intereses vitales, y mostramos un bajo perfil de inserción en el mundo.

Franz Josef Strauss, ministro de Konrad Adenauer, no cesaba de repetir a sus connacionales durante la reconstrucción alemana de la segunda postguerra: “para ser auténticamente alemanes, tenemos que convertirnos en europeos”.

Quizás, atentos a la percepción de Strauss, en nuestro país debiéramos pensar que para ser auténticamente argentinos, antes tendremos que convertirnos en latinoamericanos. Pero con los ojos geopolíticos muy abiertos...

Los modelos de desarrollo que provienen del mundo globalizado

Desde la globalización emergen diferentes modelos de desarrollo, corporizados en grandes *ideas-fuerza*, que cobran influencia en los procesos nacionales.

Lester Thurow, autor del libro *La guerra del siglo XXI (head to head)*, sostiene que la Guerra Fría, clausurada a partir de la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética, será y es, de

hecho, reemplazada por otra guerra, de características muy diferentes, una guerra económica entre dos modelos de capitalismo: por una parte, el modelo anglosajón, caracterizado por las realidades fácticas de los Estados Unidos y Gran Bretaña, y por la otra, el modelo renano, identificado con los perfiles nacionales de Alemania y Japón.

El modelo anglosajón

Este modelo aparece como individualista, regido por el mercado irrestricto, con fronteras abiertas, eliminación de reglamentaciones, centrado en el empresario brillante y exitoso, asentado en los diferenciales salariales pronunciados, orientados por criterios de maximización de las ganancias, propenso a las fusiones y capturas hostiles, en suma, una “economía con orientación al consumo”. Sus problemas potenciales se destacan en las grandes diferencias de ingreso, una baja tasa de ahorro y gobiernos centrales débiles. Se comienza a incluir a Canadá y Australia en este modelo.

El modelo renano

Por el contrario, el modelo renano aparece descrito por Thurow como sostenido por agrupaciones empresarias, con *roles* preponderantes de la producción y la ocupación, con un fuerte contenido de responsabilidad social, basada en el trabajo en equipo y la lealtad a la empresa u organización de pertenencia, generador de estrategias industriales y políticas expresas de promoción del crecimiento, en suma, una “economía con orientación a la producción”. Sus principales problemas potenciales residen en el dificultoso mantenimiento del sistema de seguridad social, y en procesos innovadores relativamente lentos. Se comienza a incluir a Francia y México en este modelo.

Estudios recientes publicados en Alemania, coincidentes con la diferenciación básica de Thurow, agregan otras dos categorías identificables de países:

El modelo de capitalismo familiar

Está integrado por Taiwán, Malasia, Tailandia, Indonesia. Se los cataloga como desarrollados a partir de la diáspora china, y se caracterizan porque los capitales están en manos de familias. Sus problemas potenciales radican en dificultades para la creación de estructuras empresariales y mercados financieros modernos.

Los países en transición

Se refiere a la República Popular China y los estados de la comunidad de Estados Independientes (Rusia

y otros). Son modelos en los cuales el gobierno fomenta el paso a economías de mercado, y donde crece intensamente una capa social de empresarios. Sus dificultades apuntan a la seguridad de las inversiones, la seguridad legal, la renuente anticipación en convenios multilaterales, y el auge de la criminalidad económica.

¿A cuál de estos modelos se aproxima la realidad argentina? ¿Cuáles son las preferencias profundas de su sociedad?. No cabe duda de que entre los dos modelos de capitalismo en pugna citados por Thurow, el modelo anglosajón y el modelo renano, hay una gran divisoria de aguas en materia filosófica y de concepción de vida. Quizás la mejor definición de las dos visiones aparezca en el célebre discurso de Konosuke Matsushita en Estados Unidos, dramáticamente pronunciado frente al *establishment* americano:

Nosotros vamos a ganar y ustedes van a perder, y no pueden hacer nada por evitarlo; sus organizaciones son taylorianas, y lo que es peor, también sus cabezas; para ustedes el “management” es el arte de hacer pasar las ideas de los patrones a las manos de los obreros. Nosotros somos postaylorianos: sabemos que la empresa debe movilizar cada día la inteligencia de todo el mundo para tener posibilidad de salvarse; y por ello practicamos la capacitación, el diálogo, la comunicación, las sugerencias, la educación; creemos que la cosa no pasa por defender al hombre dentro de la empresa, sino por defender la empresa por los hombres.

John Kenneth Galbraith ha advertido hace poco en Argentina: el fin de los imperialismos es un gran logro del siglo XX; ahora hay que asumir un compromiso con los pobres.

La “Cumbre de las Américas”

En diciembre de 1994 tuvo lugar en Miami, Estados Unidos, la llamada **Cumbre de las Américas**. En ella los presidentes de los países americanos dejaron plasmado y consensuado un nuevo orden supranacional para la región. Allí tuvo una influencia decisiva el documento previo producido por los Estados Unidos, revelador de la “visión de América percibida por Washington”. En el mismo se produce un giro trascendental en la actitud del País del Norte: la doctrina de la seguridad nacional es sustituida por la doctrina de la democracia, sí o sí. Los rasgos salientes del citado documento son los siguientes:

Democracia. Reinversión del gobierno

- ◆ No a la corrupción.
- ◆ Planes nacionales anticarteles del narcotráfico.

- ◆ Reformas normativas orientadas a otorgar protección a los inversionistas extranjeros.
- ◆ Fortalecimiento de la sociedad civil y revalorización de las fundaciones civiles.
- ◆ Reforzamiento de la OEA.

Integración económica hemisférica

- ◆ Fomento del comercio y de las inversiones privadas.
- ◆ Fortalecimiento de los vínculos financieros hemisféricos.
- ◆ Promoción del comercio libre hemisférico.
- ◆ Liberación hemisférica del movimiento de capitales.
- ◆ Desarrollo prioritario de la infraestructura hemisférica.
- ◆ Acceso a la información para Las Américas; liberación de la supercarretera informática.

Desarrollo sostenido

- ◆ Acceso universal a la educación primaria.
- ◆ Acceso equitativo a la atención primaria de la salud.
- ◆ Fomento a las microempresas.
- ◆ Desarrollo energético coordinado.
- ◆ Fomento a las asociaciones hemisféricas para el cuidado de la naturaleza.
- ◆ Protección del medio ambiente.

Los diez desafíos para Argentina en la senda de la aldea global

John Naisbitt, un típico “gurú” del siglo XX, visitó la Argentina a fines de 1994, cuando expuso los lineamientos de su libro “La Paradoja de la Globalización”. En esa oportunidad lanzó lo que él calificó como los diez desafíos para Argentina, un verdadero catálogo de ideas para transitar con posibilidades de supervivencia los difíciles senderos de la “aldea global”:

1. Desarrollar una fuerte visión de lo que se quiere ser como país, un proyecto, una visión estratégica en un marco preciso de tiempo. Kennedy propuso a los Estados Unidos en 1961: “vamos a colocar un hombre en la luna en la década”, y en 1969, Armstrong caminaba sobre el territorio lunar. ¿Qué idea motora podría plantearse Argentina?: “ser un país totalmente desarrollado en el 2010”.

2. Profundizar y terminar las privatizaciones, desregulaciones y descentralizaciones.

3. Destacar al empresariado; crear y mejorar la capacidad empresarial, generar capacidad para encarar emprendimientos.

4. Cambiar la cultura del “management”: de las estructuras jerárquicas pasar a las estructuras de redes; de la gerencia del cambio, ir al gerente facilitador, desarrollador del material humano; en suma, recapacitar los gerentes.

5. Una Argentina trilingüe: castellano, computación e inglés; he aquí un activo estratégico por excelencia en la globalización.

6. La prioridad debe ser la educación y la capacitación; las empresas privadas capacitan mejor que los gobiernos.

7. Los recursos humanos constituyen la ventaja económica competitiva excluyente. Argentina (igual que USA) se ha beneficiado con una gran inmigración, que constituye una mezcla potencialmente muy rica.

8. Poner mucho más energía en negociar con Asia; encarar acciones reales. En el año 2000 Asia será un mercado más poderoso que el europeo.

9. No titubear en colocar a las mujeres en posiciones de liderazgo; en Estados Unidos hoy son propietarias del 40% de los negocios, y crean el doble de nuevos emprendimientos que los hombres.

10. Convertir a Buenos Aires en la avanzada latinoamericana de la industria de las telecomunicaciones.

La experiencia de Taiwan

El caso de Taiwan, que aun no habiendo sido reconocido oficialmente por la comunidad internacional se ubica entre los primeros veinte países del mundo, con un ingreso nacional per cápita anual superior a los 12.000 dólares, bien puede llegar a convertirse en un caso emblemático. En 1994, con la participación de 21 países, tuvo lugar en Taiwán un Seminario Internacional organizado por el Internacional Economic Development Fund, dedicado al *management* de los recursos humanos para países en desarrollo.

El seminario estudió a fondo las características del “Modelo Taiwan”, destacando diez aspectos fundamentales:

1. El desarrollo económico no ha dependido únicamente de la tecnología o la iniciativa, sino muy especialmente de una fuerza de trabajo productiva y eficiente.

2. La gente vale por lo que es en la empresa, y esto se mide por lo que sabe y por lo que puede aprender.

3. Para los países en desarrollo, como es el caso de Taiwan, así como para sus empresas, se requiere la formulación de una política de *manpower* (recursos humanos).

4. Los procesos de cambio como el estudiado, para sostenerse en el tiempo, requieren involucrar a todos los afectados por la transformación.

5. El objetivo de la planificación, en los procesos modernos de desarrollo, consiste en implementar políticas que maximicen las ventajas y minimicen las desventajas estratégicas y geopolíticas, anticipándose a los cambios socio-económicos internos y del entorno.

6. La ética de la empresa es concebida en Taiwan no sólo como un código de conductas, también es cumplir al máximo con las responsabilidades de cada uno de los protagonistas del proceso organizacional.

7. Dado que la adquisición de tecnología se hace cada vez más difícil y costosa, tanto el Estado como las empresas trabajan intensamente en la promoción doméstica de investigación y desarrollo (I&D). Al respecto, las conclusiones del seminario describen el funcionamiento del HSIP (High Science Based Industrial Park) ubicado en la localidad de Hsin-Chu; allí, ocupando una extensión de 500 hectáreas, y al amparo de claras promociones directas e indirectas, se procura incentivar inversiones en “High Tech” y estimular el desarrollo científico ampliado. Operan en la actualidad en el HSIP de Hsin-Chu 140 empresas, que ocupan a 26.000 personas, generando negocios por 3,47 millones de dólares anuales. Sólo se desarrollan en el parque actividades industriales vinculadas con los siguientes rubros: computadoras y periféricos, circuitos integrados, telecomunicaciones, electrónica compleja, maquinaria de precisión, materiales avanzados y biotecnología.

8. El proceso taiwanés, tanto en los aspectos gubernamentales como empresariales, demuestra que ahora el futuro es, en gran medida, el resultado de lo que se ha planteado que sea; planes-marco de desarrollo económico. Estos factores han generado este proceso inédito de crecimiento.

9. El análisis ponderado y estratégico de la realidad es el soporte fundamental de toda decisión organizacional: el *management* opera a partir del seguimien-

to permanente de los acontecimientos pasados, presentes y futuros, en función de la evaluación de escenarios alternativos, generando a través de ellos sólidos procesos de toma de decisión.

10. El logro de los objetivos de las organizaciones ha dependido en Taiwan de lo que el seminario califica como “clima organizacional”, un ambiente de colaboración y solidaridad que hace de sólido puente entre el nivel de las organizaciones y el comportamiento de sus miembros.

Los *roles* detectados en la Experiencia Taiwan, se reparten equilibradamente entre el Estado y los sectores privados de la economía: el Estado aporta pragmatismo, seriedad y anticipación en la formulación de políticas, coherencia en las decisiones, a partir de metas claras, y métodos flexibles de planificación, y se convierte en el instalador de “balizas para el cambio”. Los sectores privados, por su parte, aportan cooperación y comprensión acerca de la vigencia de los grandes objetivos nacionales, participación en su determinación, concreción de proyectos de inversión al compás de la inducción gubernamental, y grandes esfuerzos por alcanzar competitividad internacional.

Y por fin, tanto el Estado como los privados, valorizan y cultivan extremadamente los recursos humanos de sus organizaciones.

¿Hacia una idea de Argentina?

El llamado “modelo argentino”, vigente en el país a partir de la implementación del Plan de Convertibilidad, experimenta, meses después de la reelección presidencial, ciertas turbulencias jalonadas por sensaciones y expresiones contradictorias.

El rasgo quizás más destacado del modelo es el elevado índice de desocupación, cuyas últimas mediciones lo han situado en el 18,6%. Dos diferentes interpretaciones se han venido esbozando: la primera de ellas atribuye el alto desempleo a la modernización que se habría operado en la Argentina en los últimos cuatro años, lo que habría originado un salto tecnológico y un notable incremento de la productividad, alineando al país en las coordenadas actuales del mundo desarrollado: crecimiento con desocupación. La otra postura, en cambio, explica el aumento de la desocupación al hecho de que el modelo vigente excluye estructuralmente de la actividad productiva a una porción importante de la sociedad.

Por una parte, el Instituto Internacional de Lausana para el Desarrollo Administrativo y el Foro Económico Mundial ha publicado el *ranking* de las empresas más competitivas en el mundo, donde en un listado de 48 países aparece en primer lugar Estados Unidos, y en el último, Rusia. Se posicionan de manera dispar Chile, en el número 20, Argentina, en el 29, Brazil, en el 37 y México, en el 44.

Y por otra parte, en un *ranking* similar producido en la última reunión del Foro de Davos, donde Argentina aparece en un puesto parecido, se destacan las debilidades y las fortalezas del país en materia de competitividad. Los problemas detectados pasan por lo exiguo del I&D doméstico, la pobre relación precio-calidad de nuestra producción exportable, la inseguridad jurídica y las sospechas de corrupción. El puntaje elevado lo obtiene Argentina en materia de apertura de las fronteras a la oferta externa; en este rubro recibe una alta calificación, cuyo significado quizás puede orientarse a conclusiones opuestas.

El Departamento de Comercio de los Estados Unidos, a fines de julio de 1995, colocó a la Argentina entre los diez mercados emergentes más recomendables para invertir. Nuestro país figura en una lista que incluye a China, Indonesia, Corea del Sur, México, Brasil, Sudáfrica, Polonia, Turquía y la India. El informe pronostica para el trienio 1996-1998 un crecimiento del producto del 5% anual, y visualiza para el desarrollo argentino condiciones similares a la experiencia japonesa.

Un reciente encuentro de políticos, dirigentes laicos y sacerdotes convocados por la Iglesia en Tanti, provincia de Córdoba, formuló en un documento “severas objeciones al modelo económico, pidiendo, inclusive, la reprogramación del pago de la deuda externa para evitar la asfixia de las economías provinciales”. El documento critica la legislación laboral sancionada en los últimos tiempos, ya que “deja en condiciones de indefensión total al trabajador ante las exigencias de un modelo de exclusión; también hace hincapié en los casos de corrupción que se verifican en todos los niveles”.

En la reunión de la Unión Industrial Argentina en Mar del Plata a fines de agosto de 1995, se planteó la necesidad de efectuar “una apertura inteligente de la economía. La UIA apoya la apertura, pero advierte que no debe regalarse el mercado al *dumping* internacional”.

Durante el pasado paro general convocado por los grandes gremios de la CGT y apoyado por la CTA y el

MTA, se difundieron consignas que marcaban críticas a “un modelo económico en el cual la desocupación es el impuesto por pagar para la estabilidad, en el cual de nada sirve abrir la economía si el trabajo está desprotegido”. En otro orden de cosas, se llegó a plantear que “no se quiere un Estado descerebrado que desatienda su función de conductor de la sociedad”.

Entretanto, el pasado 13 de setiembre de 1995, en la reunión de la Asociación de Bancos Argentinos (ADEBA), su titular rindió homenaje al Presidente de la Nación calificándolo de “hacedor del resurgimiento nacional a través del programa económico”. Y todavía persisten los ecos del documento entregado a las autoridades, inmediatamente después de la reelección presidencial, por parte de la banca internacional representada por el Bankers Trust estadounidense y el Dresdner Bank alemán, con el aparente apoyo del Fondo Monetario Internacional, en el cual se expresaban cinco exigencias por cumplirse en el plazo de setenta días:

- 1) la sanción de la ley de patentes, de manera que se comiencen a pagar regalías antes del fin del segundo mandato presidencial;
- 2) la desregulación de las obras sociales, que implican un altísimo costo laboral y una fuente de corrupción;
- 3) la inmediata reforma financiera, mediante la depuración definitiva de la plaza bancaria;
- 4) los ajustes provinciales, con recortes de gastos a los estados del interior;
- 5) la disminución del costo laboral, mediante la sanción de leyes fundamentales residentes en el Congreso.

Los rasgos del mundo del 2010

Como podrá apreciarse, el modelo y el estilo del proyecto nacional al que aspiran los argentinos para el presente y para las generaciones futuras está todavía en un claroscuro y suscita opiniones y gestos contradictorios, y es esto lo que marca el signo de los tiempos en nuestra sociedad.

John Naisbitt sugería para el proyecto argentino un desafío similar al de Kennedy cuando propuso a los norteamericanos colocar un hombre en la Luna: ser un país plenamente desarrollado en el año 2010.

Es una meta sensata, aunque quizás peque por ser demasiado optimista, sobre todo si tenemos en cuenta el gigantesco cambio de actitud y de mentalidad requerido a la dirigencia nacional.

Los pasos que va a dar el mundo en sólo quince años son espectaculares, y los avances que logre Argentina en todos los frentes del desarrollo se confrontarán con los avances del resto de los países, también

embarcados en la “carrera del crecimiento y la calidad de vida”. No será fácil ganar posiciones, pero habrá que comprender aquella constatación destacada en la Experiencia Taiwán: “el futuro es en gran medida el resultado de lo que se ha planeado que sea”.

Una estrategia para el desarrollo nacional

Para Hosselitz, los procesos históricos de desarrollo acontecen en el marco de la resolución de tres grandes dicotomías. De hecho, los modelos de desarrollo se plasman a través de la elección de tres juegos de alternativas:

La primera dicotomía es de carácter geoeconómico y geopolítico: los procesos de desarrollo pueden acontecer a través de una paralela agregación de espacios territoriales, en cuyo caso se los define como *expansionistas*, o bien operar sobre espacios territoriales no ampliables, en cuyo caso se trata de procesos *intrínsecos*. Hablar de agregación de espacios no implica el crecimiento de las fronteras políticas, estabilizadas a esta altura de los tiempos, sino la participación en más mercados, la regionalización transnacional del desarrollo, la proyección económica y comercial a nuevas latitudes geográficas.

La segunda dicotomía se refiere al grado de autodeterminación nacional: cuando una sociedad nacional se desarrolla soberanamente y sus objetivos, metas y condiciones no se subordinan a los de otra u otras voluntades nacionales, asistimos a un proceso calificado como *dominante o autónomo*; en cambio, cuando la voluntad nacional se halla condicionada por efectos de dominación e influencia provenientes de otra u otras voluntades nacionales, asistimos a un modelo satélite.

Por fin, la tercera dicotomía tiene que ver con el grado de libertad de acción concedido a los agentes económicos: si las unidades económicas (productores, consumidores, ahorristas, etc.) se rigen en sus actos exclusivamente por el sistema de precios, los mecanismos del mercado y las leyes de la competencia, nos hallamos ante un modelo *espontáneo*; si por el contrario existe algún grado de planificación, incentivos o direcciones de la economía, nos hallamos ante un proceso *inducido*.

¿Cómo podríamos calificar al modelo argentino a partir de las dicotomías de Hosselitz? ¿Expansionista o intrínseco? ¿autónomo o satélite? ¿espontáneo o inducido?

El análisis de las diferentes apreciaciones que se manifiestan en la opinión pública mundial y nacional sobre la marcha del modelo argentino, nos muestra que se aprecian mayores decibeles de elogio desde el exterior, y mayores decibeles de cuestionamiento desde el interior del país. Este análisis parece demostrar que para Argentina es mejor la concreción de un modelo decididamente *expansionista*, bastante más *autónomo* que el presente, y bastante más *inducido* por el Estado. Los grados y las condiciones de esos rasgos deben, por cierto, ser resueltos por la clarividencia y madurez de las clases políticas y dirigentes.

Deteniéndonos en la deseable alternativa *expansionista* del desarrollo argentino, que implica la agregación de espacios geoeconómicos en el proceso de crecimiento, vamos a ensayar la definición de una estrategia capaz de agigantar nuestro protagonismo en la globalización, dando por descontada una actitud crecientemente autónoma, menos “satélite”, con un apreciable mayor grado de inducción por parte de las organizaciones públicas, tanto referidas a los organismos gubernamentales como a las entidades intermedias.

Esta estrategia expansionista del desarrollo argentino comienza por reconocer tres grandes ejes, tres grandes yugulares especiales del crecimiento argentino, que se asientan en raíces históricas y militares:

El eje litoral, o fluvial orientado hacia la Cuenca del Plata

Se trata de una de las regiones potencialmente más ricas y desarrolladas del planeta. Una de las primeras decisiones de la Primera Junta fue organizar la campaña del Paraguay. El general San Martín libró su primera acción bélica (la batalla de San Lorenzo) sobre la región mesopotámica. Las misiones jesuíticas conformaron un antecedente importante de progreso y asentamiento civilizado en la región. Dos conflagraciones tuvieron lugar en esta zona a lo largo de la historia: la guerra con el Brasil, que determinó en la mesa de negociaciones la pérdida de la Banda Oriental, y la guerra del Paraguay.

El eje litoral apunta de lleno al Mercosur, con su dificultoso proceso de negociación. Es necesario comprender que, detrás de los tratados, las formalidades y las controversias comerciales, se dirime allí la alternativa hegemónica de dos grandes triángulos industriales: el triángulo Buenos Aires, Rosario, Córdoba, y el triángulo San Pablo, Belho Horizonte, Río de Janeiro. La vieja y

remanida opción de los manuales de economía parece acorralar al indefinido “modelo argentino”: ¿mantequilla o cañones?, ¿caramelos o acero?

El eje mediterráneo, o eje andino, o eje del Pacífico

Se caracteriza por seguir la línea de las montañas, eje latinoamericano por excelencia, orientado a la primitiva visión virreinal, decisivo para el destino de nuestro NOA. La expedición al Alto Perú, dispuesta por la Primera Junta, y la campaña del cruce de Los Andes encarada por el General San Martín son antecedentes manifiestos de la enorme importancia estratégica de este direccionamiento geopolítico; hoy es la puerta ineludible a los crecientes mercados del oeste sudamericano, centroamericano y norteamericano. La salida al Pacífico, aspiración geopolítica fundamental para los intereses argentinos, nos conduce a los grandes mercados consumidores de alimentos del Asia, tanto como a las fuentes primordiales de tecnología *High Tech* en el mundo, encabezadas por el Japón.

El eje patagónico, o eje del Atlántico Sur

Es el vector marítimo del desarrollo argentino. Las campañas militares de Rosas y Roca, los duros diferendos limítrofes con Chile y la guerra de Malvinas jalonan los énfasis nacionales vinculados a este eje, donde todo está por resolverse: puertos de aguas profundas, explotación soberana de las riquezas ictícolas, el petróleo continental y de la plataforma marítima, los intentos fallidos del traslado de la capital, la conexión con Sudáfrica y Australia, las pretensiones sobre la Antártida, la definitiva soberanía sobre las Islas Malvinas, la descompensación demográfica, los desequilibrios de nacionalidades, los bolsones de extrema pobreza, las políticas de defensa nacional.

La posibilidad de un modelo argentino que transite decididamente por estas tres yugulares, ampliando espacios de influencia y recordando nuestro protagonismo en el mundo globalizado, entraña un desafío de proporciones para la actual y las futuras generaciones de argentinos. Se trata de una visión geopolítica que no puede soslayarse en la conformación de nuestro proyecto nacional.

CULTURA, EDUCACIÓN Y TECNOLOGÍA

Es el estilo cultural, educativo y tecnológico lo que define hoy la viabilidad nacional de los países. Bien podría afirmarse que sin educación no hay desarrollo posible.

El perfil cultural como componente principalísimo de un proyecto nacional, implica comprender la síntesis que representamos como resultado de los distintos sectores étnicos, sociales y religiosos que componen nuestra sociedad, nuestras realidades demográficas y otros hechos que contribuyeron a configurar nuestra realidad actual.

Cuando hablamos de la educación, imaginamos el combustible básico necesario para plasmar un proyecto capaz de sumarse a las aspiraciones del desarrollo integral, en el cual la universidad deberá convertirse en agente transformador, vector principalísimo de las relaciones entre la comunidad educativo-creativa, el Estado y el aparato productivo.

Y cuando hacemos referencia al perfil tecnológico, queremos destacar el *rol* de la tecnología para armonizar los caminos de acceso del país a las tecnologías de vanguardia, sin las cuales resulta imposible aspirar al crecimiento sostenido.

En Alemania se acaba de crear el **Ministerio de Educación, Ciencia, Investigación y Tecnología**, el cual ha sido denominado por la opinión pública *El Ministerio del Futuro*. En un extenso reportaje al flamante ministro, el Dr. Jurgen Ruttgers, comienza sosteniendo:

el futuro no se puede planificar, pero se puede preparar. Alemania se encuentra ante grandes retos. Se trata de instrumentar el necesario cambio estructural mediante innovaciones y reformas. El desenvolvimiento de la sociedad y el progreso técnico están interrelacionados, y la investigación y desarrollo de nuevas tecnologías no pueden tener lugar en una torre de marfil. Por esta razón, la industria y la ciencia deben aproximarse todavía más, acelerando el paso de los resultados de las investigaciones a nuevos productos.

Ciencia, tecnología, producción, mercados... todo se halla interrelacionado y Ruttgers lo explica con una asombrosa sinceridad. Este Ministerio del Futuro alemán apunta a convertir en productos los frutos de la innovación científico-tecnológica de su país.

Atento a estas coordenadas de pensamiento, Jorge Sábato planteó la conformación de “triángulos de desarrollo” para cada situación nacional.

Así, el triángulo del desarrollo es utilizado por Sábato para medir el grado de inserción de la ciencia y la técnica en el contexto global de la sociedad, de acuerdo con el orden de su incorporación dinámica a un proceso de desarrollo. Tres son los vértices del triángulo:

(I) infraestructura científico-tecnológica

(G) gobierno

(E) estructura productiva

Los lados del triángulo representan las interacciones entre los vértices. Puede pensarse en diversos triángulos para diferentes sectores, y en un gran triángulo que es la sociedad en su conjunto.

Y bien, ¿cuál es la situación de nuestro triángulo nacional del desarrollo?

I (infraestructura científica tecnológica): aparece desarticulado y aislado de (G) y (E). Se verifica un llamativo de demandas concretas: a menudo se achaca al sistema de investigación argentino el efectuar una gestión en abstracto.

G (gobierno): no ha logrado interacciones efectivas con (I), no se ha formulado una política científico-tecnológica, y efectúa un uso poco eficiente de (I).

En cuanto a **E** (estructura productiva): la innovación procede en su abrumadora mayoría del extranjero, la inversión directa en ciencia y tecnología es casi nula, y puede afirmarse que el sector productivo no presiona a G por políticas específicas en la materia, ni demanda a I una respuesta como la esperada por el *Ministro del Futuro* alemán.

No sólo no existen identificados triángulos globales ni sectoriales que permitan analizar estos aspectos cruciales del modelo, sino que no parece advertirse conciencia clara de su necesidad.

Teorías endógenas del desarrollo

Tan marcada y decisiva es esa necesidad, que aparece claramente reflejada en las más recientes teorías endógenas del desarrollo. Ellas hacen hincapié fundamental en los procesos de endogenización del crecimiento. Desarrolladas principalmente por Paul Romer, Gene Grossman y Elhanan Helpman, concentran el foco de los modelos de crecimiento de presente y futuro, en la creación privada de conocimiento, al que consideran como un “factor no prescindible” de la producción.

Los elementos externos asociados con inversiones en investigación y desarrollo científico y tecnológico constituyen el corazón de la nueva teoría. Esta tiende a explicar e identificar dentro del sistema económico, las fuerzas que genera el progreso de los países; el modelo tiene cierta orientación “schumpeteriana”, al conside-

rar la aplicación de tecnología por parte de los sectores privados de la economía, como la clave del crecimiento económico contemporáneo.

Las teorías endógenas se ocupan de identificar a las instituciones como clave del nuevo desarrollo encargadas de internalizar los factores externos provenientes de la I&D:

1) Las asociaciones industriales integradas por firmas con características comunes en salidas, procesos o entradas, que presentan similitudes en su cadena de valor: dos puntos son las más indicadas para financiar cooperativamente actividades de investigación, capacitación y educación.

2) Las nuevas estructuras empresarias, conocidas como “las nuevas maneras de hacer negocios”: son toda una estructura de flexibilización e innovación jurídica, donde se destaca el rol de los acuerdos de licencia, los *joint ventures*, el *franchising*, las alianzas estratégicas, etc.

3) Las agrupaciones regionales de industrias: Se les asigna un efecto sinérgico por la presencia regional, en cercanía y complementación, con distintas ramas de la industria.

Considerando el siguiente código:

K = Capital físico

L = Trabajo

H = Capital Humano

A = Conocimiento y tecnología,

la nueva ecuación del desarrollo presentada por la teoría de Endogenización del Desarrollo es la siguiente:

$$Y = f (K, L, H; A)$$

Para la fórmula, el desarrollo sostenido sólo puede obtenerse con educación, capacitación y acceso a las tecnologías de punta (High Tech).